

7-2009

Estudios de la segregación espacial en América

Ubaldo Martínez Veiga

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.conncoll.edu/teatro>



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#), and the [Theatre and Performance Studies Commons](#)

Recommended Citation

Martínez Veiga, Ubaldo. (2009) "Estudios de la segregación espacial en América," Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies: Número 23, pp. 249-262.

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Connecticut College. It has been accepted for inclusion in Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies by an authorized administrator of Digital Commons @ Connecticut College. For more information, please contact bpancier@conncoll.edu.

The views expressed in this paper are solely those of the author.

Dedico este trabajo a Ángel Berenguer en su jubilación de la Universidad. Este estudio se refiere a la situación en un área muy cerca al lugar de nacimiento de Ángel.

■ Quizás, lo primero que habría que subrayar es que la situación habitacional ha cambiado mucho en los últimos años. Sin embargo, parece que se dan datos que van en contra de esta observación bastante simple.

Cuando yo empecé a estudiar la situación de la vivienda en El Ejido en el año 1994 una de las primeras cosas que llevé a cabo con la ayuda de dos amigos marroquíes fue un censo de “viviendas” y, después de haberlas contado todas y sus habitantes, llegamos a la conclusión de que únicamente un 2 % de la población, prácticamente toda ella marroquí, vivía en la parte central de El Ejido. Esto representaba un grado de segregación residencial brutal. Este dato ha sido criticado posteriormente, pero si se observan, los datos que se han ofrecido son muy posteriores, en el mejor de los casos 6 o 7 años más tarde.

Sin embargo, y aunque volveremos a esta consideración, lo que más me impactó desde el principio fueron las expulsiones frecuentísimas de los inmigrantes de sus lugares de habitación. La primera que yo pude observar directamente tuvo lugar en una pedanía de El Ejido que se llama San Agustín. Allí había una casa grande, sin habitar, que pertenecía al IARA (Instituto Andaluz de Reforma Agraria) que en un primer momento era alquilada a inmigrantes por un vecino del barrio que, como es obvio no era el propietario de la casa.

Posteriormente, este vecino “abandonó” la casa, y ésta comenzó a llenarse de inmigrantes. El alcalde del pueblo decide en abril de 1995 que hay que desalojarla. Para ello, la Policía Municipal expulsa a los inmigrantes, sin que se trate de buscarles un alojamiento alternativo. Es interesante descubrir las razones para esta expulsión. Se trata de razones higiénicas en cuanto que se insiste en el hacinamiento y falta de “condiciones sanitarias”. Los desalojos fueron bastante frecuentes, pero vamos a tomar uno que tuvo lugar en 1999. Se trata de un garaje ubicado en el centro de El Ejido en donde vivían veintidós inmigrantes marroquíes que precedían de Ouarzazate y que llevaban viviendo allí desde 1991. En abril de 1999 la Policía Municipal siguiendo una orden judicial, solicitada por el Ayuntamiento, desalojó a todos los inmigrantes y precintó la entrada al garaje. Los inmigrantes eran regulares, con papeles, estaban empadronados en el garaje y tenían la aprobación y protección del dueño porque, entre otras cosas, hacían de vigilantes de un almacén que el dueño poseía al lado.

Las razones para la clausura eran las mismas que las del desalojo anterior. Se deben a la necesidad de “adecentar el lugar” porque era antihigiénico e insalubre. En todo este periodo sólo tomamos estos dos desalojos, porque fueron los que más repercusión tuvieron en la opinión pública. Pero para llegar hasta épocas más recientes tenemos que hacer alusión a lo que ocurrió el martes 16 de abril de 2006 en San Isidro, una “barriada” que forma parte del municipio de Níjar en el levante almeriense. Allí tuvo lugar el desalojo de un poblado de chabolas en donde vivían 200 inmigrantes y que era considerado como el “mayor poblado chabolista de Andalucía”, y que estaba habitado por inmigrantes, “subsaharianos” en su mayoría. Vamos a detenernos en la descripción de lo que allí ocurrió y para ello nos vamos a basar en once entrevistas sin estructurar a inmigrantes que fueron desalojados así como en informaciones publicadas en *La Voz de Almería* o en *el Ideal*, dos periódicos con implantación en la provincia. El poblado de chabolas se fue “construyendo” poco a poco y su existencia duró bastantes años, aunque es difícil asegurarse de cuando empezó, y, de todas maneras, es de reseñar que se produjeron incendios bastante frecuentes en el invernadero que albergaba las chabolas. Los incendios nunca fueron investigados seriamente, y de ellos fueron acusados a veces los propios inmigrantes, lo cual es absolutamente improbable, y otras veces fueron atribuidos a habitantes del municipio “descontrolados” y siempre “desconocidos”. Realmente, nadie creía en este carácter de “desconocidos” de los causantes de estos incendios en un municipio de poco más de 24.000 habitantes, como los inmigrantes me contaron. A pesar de los incendios, los inmigrantes volvían al invernadero, sin duda alguna, porque no tenían ningún sitio mejor para alojarse. A raíz del último incendio que tuvo lugar en el invernadero, “Almería Acoge” realojó a quince personas en una especie de nave en San Isidro, que se ha podido visitar, y que consiste en un espacio diáfano en donde están colocados unos quince colchones, pegando los unos a los otros, sin espacio apenas entre ellos, de tal manera que la única posibilidad de guardar la poca ropa y otras posesiones son clavos que han sido puestos en las paredes. La primera constatación que hay que hacer es que las condiciones de “hacinamiento” que se dan en este inmueble son mucho más graves que las que se daban en el invernadero de donde han venido. La persona, que me facilitó la entrada en este lugar, no hizo más que un comentario “aquí no cabe ni un alfiler.” Con respecto a las condiciones de habitabilidad, hay que decir que las personas que habitan aquí tienen luz y agua, pero las condiciones higiénicas en un principio dejaban bastante que desear. Hemos podido observar estas condiciones, y hay un testimonio de un vecino de San Isidro, José Nanclares que es el portavoz de una asociación “pro derechos de la infancia” (Prodein). En declaraciones a *La Voz de Almería* (28 de abril de 2006), expone algunos problemas

que tienen mucho interés. Según él, «antiguamente esta casa era una cuadra de cerdos, pero lo más lamentable es que cuando los trasladaron aquí, nadie se preocupó de limpiar la cuadra... los trasladaron aquí como si estas personas fueran cerdos, porque no acondicionaron la cuadra, sólo retiraron las jaulas donde estaban los animales y entraron a vivir sin la más mínima higiene.» Más adelante en la entrevista afirma que «ni siquiera se preocuparon por arreglar las goteras, el agua sigue cayendo y nadie hace nada por arreglarlo.»

Estas observaciones de carácter descriptivo fuerzan a plantear el problema de la comparación entre la situación habitacional en el invernadero y en el local que les fue ofrecido. Entre los elementos que, como veremos más adelante, se van a plantear, se puede hablar de el hacinamiento que, de hecho, parece más grande en el inmueble a donde han sido conducidos que cuando habitaban en el invernadero. También se puede plantear la cuestión de la higiene. Si se ha de hacer caso a José Nanclares, hay que decir que las condiciones higiénicas son parecidas, sino peores, en el nuevo lugar de habitación. Es cierto sin embargo que el hecho de tener agua representa una ventaja. Por último se puede ver una ventaja en el hecho de que la casa tiene un techo, pero, como se acaba de observar, las condiciones del techo son tan malas que, cuando llueve, las goteras son continuas.

De todas maneras, parece importante describir el desalojo al que anteriormente nos habíamos referido. El proceso de desalojo se inicia con un informe que había sido elaborado por la Consejería de Salud de la Junta de Andalucía. Según ésta, lo que se daba en el cortijo eran graves problemas de insalubridad para los propios inmigrantes. Basándose en esto, las autoridades municipales exhortaron al propietario a proceder al desmantelamiento de las chabolas. El propietario no respondió de ninguna manera, y entonces el Ayuntamiento llevó a cabo el desalojo. Previamente el Ayuntamiento «los había estado atosigando y amenazando de que tenían que abandonar el lugar, hasta altas horas de la madrugada mientras dormían.» Las palabras no son más sino de Purificación Rodríguez, Superiora de las Mercedarias de la Caridad de Níjar, que ayudaban a los inmigrantes llevándoles comida y otras cosas necesarias como vestidos etc... (*La Voz de Almería*, 12 de abril de 2006). Debido a estas amenazas ya la promesa de que los empresarios alojarían a los trabajadores que tenían contrato, en el momento en que se empieza a proceder al desalojo solo quedan en el invernadero 20 inmigrantes. Las excavadoras destruyen el invernadero. Se buscó, según pensaba la gente, alojamiento a la mayor parte de los inmigrantes. Según se decía, los empresarios alojaron a algunos. Otros fueron trasladados a otras zonas sin especificar ni dónde ni cómo. Parece claro que se establecía una diferencia clara entre los inmigrantes regulares, con contrato, e inmigrantes irregulares.

Mientras que a los regulares se les ofrecía de una manera confusa y poco clara “la posibilidad” de encontrar una vivienda, los irregulares estaban en una situación de desventaja total.

El desalojo se produjo sin resistencia por parte de los que habitaban en el invernadero y, de acuerdo con los testimonios recogidos el día del desalojo y los siguientes, las ONGs y los grupos que trabajaban con los inmigrantes parecían estar de acuerdo con la actuación de las autoridades. El director de “Almería Acoge”, Antonio Miralles, afirmaba el 11 de abril de 2006 que él «estaba de acuerdo con el esfuerzo de la Junta de Andalucía para poner fin al asentamiento ilegal de San Isidro... aunque no soluciona el problema al cien por cien, al menos se ha empezado a trabajar para dar solución a los problemas que presenta la inmigración. Hay que ser realistas y entender que en Almería no hay alojamiento para todos.» La Superiora de las Mercedarias de la Caridad de Níjar también afirmaba que el desmantelamiento tenía sentido por las malas condiciones en las que se encontraban los inmigrantes. El Alcalde de Níjar estaba de acuerdo, por supuesto con la decisión que él mismo había tomado. Las razones para defender esta postura eran de carácter higiénico en cuanto que el asentamiento representaba un peligro para la salud pública y al final decía que «bolsas de la pobreza como la de San Isidro no se pueden tolerar» (*La Voz de Almería*, 12 de abril de 2006). De todas maneras, habría que preguntar qué solución representa al problema de la pobreza la destrucción de la vivienda de los pobres, por precaria que ésta sea.

Si comparamos el caso de San Isidro con los dos anteriores que tuvieron lugar en El Ejido hay dos diferencias bastante grandes. La primera está en que los desalojos que tienen lugar en El Ejido ocurren dentro del centro de la ciudad o en una de las pedanías, mientras que aquí tiene lugar fuera del pueblo, en la zona de los invernaderos. La segunda diferencia también tiene importancia en cuanto que en los casos a los que nos hemos referido en El Ejido había una reacción de resistencia por parte de los desalojados y por parte de los ONGs que defendían a los inmigrantes.

Con esto, no se agota el análisis en cuanto que es importante tener en cuenta lo que ocurre en los días siguientes. Si nos situamos diez días más tarde, llama la atención un titular de *La Voz de Almería* (30 de abril de 2006) que dice: «Un centenar de subsaharianos desalojados deambula sin techo por las calles de San Isidro.» El desalojo de este invernadero se presenta como una de las actuaciones contempladas dentro del “Plan contra el Chabolismo” que había puesto en marcha la Junta de Andalucía, pero, según el periódico, «los vecinos de San Isidro no están de acuerdo con esta iniciativa puesto que se ha derribado el invernadero sin buscar antes soluciones a la escasez de viviendas para inmigrantes.»

Esto mismo afirma Purificación Rodríguez, la Superiora de las Mercedarias de la Caridad que, como antes hemos visto, hace pocos días aprobaba con reticencias la actuación del Ayuntamiento, ofrece en estos momentos una visión fuertemente crítica de esta actuación que ella juzga “a posteriori”, por los resultados. Según la religiosa, «desde que derribaron el invernadero la situación está fatal porque han desalojado antes de buscar un alojamiento a los inmigrantes.» Según Purificación Rodríguez, si antes los inmigrantes tenían poco, ahora no tienen nada, «si antes tenían una olla para cocer arroz, ya no la tienen, si tenían un colchón ahora ya no, y lo peor es que están deambulando por las calles de San Isidro sin un techo bajo el que cobijarse.» Con ello, la religiosa está respondiendo a la observación del Alcalde según la cual son intolerables bolsas de pobreza como la de San Isidro. Si antes de la demolición del invernadero y las chabolas eran pobres, posteriormente son más pobres todavía porque lo poco que tenían ha desaparecido. Además, si cuando vivían en el invernadero estaban en una situación “casi” de sin techo, en este momento están totalmente sin techo andando por las calles y durmiendo al aire libre.

Si de la situación de este centenar, más o menos, de inmigrantes pasamos a los que han sido alojados, podemos preguntarnos por las condiciones en las que se encuentran. Diez de estos inmigrantes se instalaron en unas dependencias pertenecientes al Sindicato agrario COAG. Si atendemos a las explicaciones de Juan Rull que es el responsable de Migraciones y Relaciones Laborales de COAG en Almería «estas personas no tenían ningún contrato de trabajo con ellos, pero dada la precaria situación en que vivían y debido a que las ONG no disponían de pisos suficientes, decidieron alojarlos en este lugar propiedad de los empresarios por una cuestión humanitaria, ya que su situación era de extrema pobreza» (*La Voz de Almería*, 23 de abril de 2006). No queremos criticar al sindicato agrario que es evidente que puede decir que ofreció a los inmigrantes lo que tenían. Sin embargo, Purificación Rodríguez explica con bastante claridad la situación: «aunque la asociación COAG ha realojado a diez inmigrantes, la situación no ha mejorado. Menos mal que sólo se han ido diez porque en el sitio que han sido realojados no caben más, no está acondicionado, duermen con los colchones en el suelo y sin ducha, de nuevo hacinados» (*La Voz de Almería*, 23 de abril de 2006). Como se puede observar, la religiosa está afirmando, con razón, que el hacinamiento es mayor aún en el inmueble de COAG y las condiciones de salubridad e higiene son las mismas que en el invernadero en cuanto a que aquí tienen también una falta de facilidades para lavarse. Los otros expulsados se han ido realojando en los cortijos que son casas construidas hace años en zonas adyacentes a los lugares de cultivo (vid. Martínez Veiga, 1995 y 2004). Se trata de zonas alejadas del centro de la ciudad o pueblo por una distancia variable, pero que puede ser

bastante grande. Los inmigrantes que han tenido que abandonar el invernadero se han instalado junto a conocidos, amigos o familiares, en cortijos, la mayoría, y los menos en casas en los barrios. En los cortijos que, como veíamos, son unidades habitacionales que están bastante alejadas del pueblo, solo vivían inmigrantes africanos, ya sean del Maghreb o del África subsahariana. En el caso que nos ocupa la mayoría de trabajadores inmigrantes eran subsaharianos y se fueron a vivir con inmigrantes de la misma procedencia en los cortijos o casas. Purificación Rodríguez afirma con toda la razón que «esta situación significa que si antes estaban mal los que vivían en el invernadero, a día de hoy están mal todos, porque donde vivían doce personas están ahora quince» (*La Voz de Almería*, 23 de abril de 2006). Con esto se quiere decir que el hacinamiento previo de las personas en los cortijos ha aumentado mucho y, por ello, las condiciones de higiene también se ha deteriorado. El resto, que son ese centenar de subsaharianos que deambulan sin techo por las calles de San Isidro, no tienen absolutamente ningún lugar en donde cobijarse y se han convertido sin duda alguna “en personas absolutamente sin techo”. Se puede seguir un poco más la historia de estos sin techo. Algunos de ellos se unieron a otros conocidos o amigos que vivían cerca de los invernaderos, al lado de la fábrica Zucosa. Se trata de otro barrio, Campohermoso. Allí había una estructura diáfana y abierta de dos edificios que el propietario había levantado y allí “habitaban” algunos inmigrantes desde hacía tiempo en chabolas construidas con madera y plástico. A estos se les juntaron algunos – unos 15 – inmigrantes de los que habían sido expulsados del invernadero. El 20 de mayo de 2006, la Policía Municipal desaloja a los cerca de 50 inmigrantes que vivían allí. Es curioso constatar cómo el periódico, en este caso el *Ideal* de Almería (29 de mayo de 2006) describe e interpreta este desalojo: «En concreto desalojaron, se dice, a cerca de 50 inmigrantes que vivían en condiciones infrahumanas.» Más adelante continúa el periódico: «El esfuerzo de todos los implicados, incluido el Ayuntamiento de Níjar ha evitado una situación desesperada para los inquilinos ya que la mayoría de ellos se ha realojado con los empresarios para los que trabajan» detalla el edil nijareño.

El hecho de que la mayoría fuera legal ha propiciado esta actuación. Cinco de ellos no tuvieron la misma suerte ya que al encontrarse en situación irregular se escondieron en unos matorrales altos que hay junto al lugar en el que se levantaban las dos edificaciones. Volvieron a improvisar una vivienda, esta vez haciendo uso de unos cuantos palés que se utilizan para agrupar cajas de frutas y hortalizas. Cuando la Policía local de Níjar procedió a identificarlos, detuvieron a dos de ellos que han pasado a disposición de la Policía Nacional.

Hay que subrayar dos elementos fundamentales. En primer lugar, que se ofrece como razón para el desalojo las condiciones antihigiénicas, infrahumanas y de hacinamiento de la vivienda de estos inmigrantes. En segunda lugar, desde el

principio, y aquí aparece claramente, se va a insistir en la diferencia entre trabajadores regulares e irregulares. Nosotros hemos entrevistado a trabajadores regulares e irregulares que no tenían ningún lugar donde cobijarse porque habían destruido los lugares en los que podían dormir, por ello no se entiende muy bien por qué se esgrime tan frecuentemente en este caso la distinción entre regularidad e irregularidad. Antonio Puertas, presidente de Almería Acoge parece querer dar una explicación de esté fenómeno cuando dice que «el problema es que muchas de estas personas están indocumentadas y ni tienen residencia, lo que impide que se sepa el numero exacto de inmigrantes y donde están.» Por otra parte, Antonio Puertas afirma que existe un grupo numeroso de personas que han huido y que en breve originarán problemas parecidos, aquí o en otros lugares (*La Voz de Almería*, 23 de abril de 2006). Se puede observar cómo el fenómeno de la irregularidad, que, en última instancia, tiene desde el punto de vista legal una importancia bastante relativa, por no decir menor, se convierte en la interpretación de esta ONG y su presidente en algo que adquiere una connotación muy distinta, en algo incontrolado que no se sabe donde está. Esta ideología tiene una cierta tradición histórica en la zona en cuanto que en el año 2000 cuando los acontecimientos de ataque racista a los trabajadores marroquíes de El Ejido, el Señor Enciso, también decía que aparecían grupos de inmigrantes sin papeles que vagaban incontrolados por los campos y entre ellos había gente irregular «de toda clase e índole que solo han hecho aumentar la confusión» (Martínez Veiga, 2004). Tanto el presidente de Almería Acoge como el Alcalde van a insistir en el desorden, “el carácter impredecible” de los inmigrantes irregulares que los hacen incontrolables por medio de la actuación del estado.

Por último, las expulsiones a las que nos hemos referido sirven para justificar, y dar por buenas, actuaciones en el ámbito de la vivienda que, desde otros puntos de vista todos criticarían. En el caso de El Ejido, al que nos hemos referido, las autoridades municipales les proponían la “diseminación” de los inmigrantes en los campos, la utilización de los “cortijos” como lugares de habitación de los inmigrantes. En el último caso que hemos analizado, en San Isidro, algunas de las personas que presentan una actitud de mayor simpatía hacia los inmigrantes, ofrecen soluciones parecidas. José Nanclares afirma que «en esta barriada hay muchos cortijos que podrían ser rehabilitados para acoger a los inmigrantes. En mi cortijo, yo he metido a varios, por lo menos les saco del apuro por unos días, incluso los llevo en mi coche cuando van a trabajar.» José Nanclares señala que «los políticos tiene que ayudar a aquellos que están en una situación lamentable, para ellos el invernadero era su hogar, el lugar en el que soñaban con una oportunidad real» (*La Voz de Almería*, 23 de abril de 2006). Como se puede observar, de alguna manera se justifica como mal menor que los inmigrantes habiten

en los invernaderos. De la misma manera, las autoridades municipales de El Ejido defendían que el lugar ideal de habitación para los inmigrantes eran los cortijos. Es fácil comprender cómo se da una gran continuidad histórica entre lo que se dice en 2006 y el año 1995 y el 2000. De una manera u otra, se defiende que los cortijos son lugares de habitación, al menos aceptables, para los inmigrantes. Esta continuidad incluso en el campo de la ideología es muy importante subrayarla porque rompe de una manera clara con el prejuicio, que se propaga de un modo interesado, de que las expulsiones y ataques que sufren los inmigrantes en algunos lugares de Almería, son brotes, fenómenos puntuales que no tienen continuidad en el tiempo. Hay una constante en estas zonas que consiste en que los trabajadores africanos – ya sean magrebíes o subsaharianos – son los únicos que viven en los cortijos. Si se tiene en cuenta que los marroquíes son los primeros que han llegado, sin duda alguna hay que afirmar que se trata de un fenómeno que ya tiene una duración histórica más bien larga. Este fenómeno apoya claramente lo que hace unos años podía presentarse como una especie de impresión. Se trata de que dentro de los fenómenos de exclusión social, de xenofobia e incluso de racismo, presentes en el estado español, existen grados, y en esta los africanos ocupan un lugar prominente.

De todas maneras, volviendo a los casos que estamos estudiando, vamos a fijarnos en dos aspectos que son especialmente representativos: el primero se refiere a la segregación espacial y el segundo a las justificaciones higiénicas que se ofrecen para estas expulsiones.

La segregación residencial es el resultado inmediato de las expulsiones a las que nos hemos referido. Hay casos como los que hemos estudiado en El Ejido en donde el resultado directo e inmediato, y, nos atrevemos a decir que intencionado, consiste en la colocación de los inmigrantes marroquíes en su sitio, fuera de los pueblos, en los cortijos. En el otro caso que acabamos de estudiar, el de San Isidro, la interpretación parece más confusa en cuanto que la expulsión tiene lugar precisamente de un espacio que no está en el centro del pueblo sino en la periferia. Se trata de un espacio segregado de donde los inmigrantes son expulsados, pero esta expulsión no significa que se propugne la vuelta de los inmigrantes a zonas más centrales, sino más bien a todo lo contrario, relegarlos a habitar en los cortijos como una especie de mal menor. Es decir, en todos los casos, la resultante de estas expulsiones es un aumento de la segregación espacial que se ceba en estos inmigrantes (Checa y Arjona, 2002). Para comprender la segregación de los inmigrantes cuando habiten en los cortijos no se necesita en un primer momento llevar a cabo ningún test de disimilitud, de aislamiento o centralización, aunque se reconoce la enorme importancia y, frecuentemente, la necesidad de estos tipos de análisis. Sin embargo, parece conveniente plantear,

aunque sea brevemente, lo que significa la segregación espacial. A principios del siglo XX, Du Bois (1990: 120-121), el gran sociólogo afroamericano, afirmaba que la «proximidad física de las casas y lugares de habitación, el modo según el cual los barrios se agrupan, y su continuidad constituye un espacio básico para la integración social» y criticaba duramente que la línea de color que separaba los barrios negros de los blancos tenía como resultado que «cada uno veía en el otro lo peor». En el caso de los Estados Unidos muchos de los estudios que se refieren a las diferencias raciales van a insistir en la influencia, enorme y negativa, que tiene la segregación espacial en las relaciones entre los grupos. Taeuber y Taeuber (1965: 1), afirmaban ya hace tiempo que la segregación «impide el desarrollo de relaciones informales de vecindad... y ... asegura la segregación de una gran variedad de recursos públicos y privados». Incluso un libro ya clásico como el de Gunnar Myrdal (1944: 618) afirmaba que la segregación espacial permite «aplicar los prejuicios a los negros sin herir para nada a los blancos.» Todos estos estudios que se han citado están de acuerdo en que la segregación espacial entre los grupos rompe las relaciones que existen entre ellos y favorecen de inmediato la “posibilidad de ver lo peor en el otro”, de una manera bastante sencilla diríamos que lo que favorece es el racismo.

Sin embargo, quizás el problema habría que plantearlo con respecto a las características de la segregación espacial como variable. El libro de Massey y Denton (1993: 7) tiene una importancia fundamental en cuanto que se trata de centrar el discurso en cuestiones de raza y segregación racial. Ellos se enfrentan con razón a las teorías de la “underclass” que aparecían por entonces y afirman que todas ellas adolecían del defecto de «no considerar el importante papel que la segregación ha jugado en mediar, exacerbar y en última instancia amplificar los procesos nocivos desde un punto de vista social y económico a los que se refieren.» De alguna manera, Massey y Denton parecen propugnar una visión de la segregación espacial como si se tratara de una especie de variable independiente. Hay que decir que no podemos dirimir este problema con los datos con los que contamos. Previamente a la aparición del libro de Massey y Denton, había sido publicada la obra que, según nuestro punto de vista, sigue siendo una referencia ineludible en estos problemas. Se trata del libro de William Julius Wilson (1987). Según él, la concentración de la pobreza y el desarrollo del gueto tienen lugar por cambios estructurales en la economía que van unidos a la salida de las familias negras trabajadoras y de clase media de los guetos urbanos del centro de la ciudad. Todo esto trae consigo un aumento del desempleo en los que quedan, que encuentran cada vez más dificultades en acceder a empleos que se han instalado en la periferia de la ciudad. Con ello los negros pobres se quedan en comunidades aisladas socialmente y sin conexión con las redes de relaciones que permitirían un acceso a los

trabajos. Según este punto de vista, es el aislamiento social y laboral lo que crea el resto de los problemas. De todas maneras, sea cual sea el determinante en última instancia, hay que decir que la segregación espacial disminuye de una manera muy importante los recursos de los que están segregados y es un caldo de cultivo clarísimo para el racismo y la xenofobia.

El segundo aspecto que debemos estudiar es la justificación que siempre se ha ofrecido para estas expulsiones de los inmigrantes de los lugares en donde habitan. Hemos seguido lo que ocurría en El Ejido hasta el año 2000 y también hemos observado el último caso que ha tenido una gran repercusión en la opinión pública, la expulsión de los inmigrantes del invernadero de San Isidro. Una de las justificaciones centrales es la falta de higiene en que viven los inmigrantes y el hacinamiento presente en estos lugares. Cuando se analiza la situación de cerca se descubre que estos trabajadores al final terminan viviendo con otros en cortijos que tienen unas condiciones higiénicas tan malas o peores que en los lugares de donde han sido desalojados, y, en donde por supuesto, el hacinamiento es mayor. Esto fuerza a plantear el problema de la higiene como justificación de estas expulsiones.

Aunque puede parecer extraño, ya desde la *Condición de la clase trabajadora en Inglaterra* de Engels que fue publicada en 1845 se había comprendido la relación entre las razones higiénicas y la expulsión y segregación de los pobres dentro de las ciudades inglesas. Sin embargo, se pueden tomar datos de autores mucho más recientes. La geógrafa australiana Kay Anderson (1987) estudia muy bien el problema al que nos vamos a referir tratando de las relaciones entre la población china y la de origen británico en Vancouver. Estudiando el hacinamiento del Chinatown de esta ciudad y la segregación que ello constituye afirma que «la ideología racial está engastada materialmente en el espacio... y a través del lugar se da un referente local, se hace un hecho social y ayuda a su propia reproducción» (Anderson, 1987: 548).

El espacio y la segregación espacial da una consistencia material a la ideología racial que hace de ella un fenómeno real, un hecho social claramente delimitado. Los grupos diferenciados étnicamente se crean socialmente por medio de reglas o principios de exclusión que se basan en el lenguaje de una descendencia común que se expresa en un lenguaje o una religión. El territorio segregado puede ser un símbolo y un recurso alrededor del cual estas fronteras étnicas o vecinales se negocian. Esta segregación, que era un elemento fundamental en la constitución de la etnicidad, o de la “raza” china se materializaba en la creación de un barrio chino o “chinatown”. Cuando se trataba de justificar esta segregación, Anderson afirmará que las razones higiénicas son fundamentales. Hay un informe del gobierno canadiense de 1902 («Report of the Royal Comisión on Chinese Immigration»), en donde se dice que

los chinos «constituyen desde su llegada, una comunidad separada y apartada, una sustancia extranjera que no forma parte de nuestro cuerpo político, sin amor por nuestras leyes e instituciones, un pueblo que no se puede asimilar y convertirse en una parte integrante de nuestra raza y nación.»

“Con sus hábitos de hacinamiento y un desprecio olímpico por todas las leyes sanitarias”, son una amenaza “continua para la salud”. «Desde un punto de vista moral y social, viviendo como viven sin vida doméstica, sin escuelas o iglesias y acercándose tanto a ser una clase servil su efecto sobre el resto de la comunidad es malo» (cit. en Anderson, 1987: 580). En este texto que acabamos de transcribir parece poder oírse lo que dice el Alcalde de Níjar y algunos de sus habitantes especialmente en lo que hemos subrayado con respecto al hacinamiento y las condiciones de sanidad e higiene. Como consecuencia de estas “condiciones antihigiénicas” y de la idea de que «aun cuando se dan todas las facilidades... los chinos son en general más sucios que los blancos» (Anderson, 1987: 587), la autoridad municipal destruía chabolas y casas pequeñas al final de siglo XIX lo cual lleva poco a poco a la creación de un barrio absolutamente segregado, la Chinatown. Sin embargo, cuando se contrastan estas ideas sobre la falta de higiene y salubridad de los chinos con lo que parece ocurrir en realidad, se descubre fácilmente que nunca hubo ninguna epidemia ni ningún caso de alguna enfermedad importante que haya tenido su origen en los lugares en donde vive la población china. Kay Anderson (1987: 595) cita un texto oficial del gobierno canadiense de 1902 en donde se afirma que «no hay ninguna instancia en la que el origen de una enfermedad contagiosa haya que buscarlo en el barrio chino» y citando una serie de estadísticas se dice que «no hay ninguna evidencia de que la presencia de chinos haya sido nunca una amenaza contra la salud». Estos datos indican que tanto en el caso de Vancouver como en El Ejido o San Isidro, lo que realmente se está afirmando es que los marroquíes, subsaharianos o chinos son sucios, antihigiénicos y tienen una “tendencia” al hacinamiento. El hecho de que estén más o menos hacinados o en condiciones antihigiénicas es menos importante que la adscripción de la categoría de antihigiénicos y hacinados al grupo en cuanto tal. Los problemas de higiene son algo fundamental a partir de lo cual se construye la idea de la diferencia y separación entre los nativos y los extranjeros pobres en cuestión. Se trata además de una ideología muy útil para defender la separación entre unas poblaciones y otras. En primer lugar, las condiciones antihigiénicas e insalubres presentan un problema para la salud pública como decía el Alcalde de Níjar o las autoridades municipales de El Ejido. El problema para la salud es la posible “epidemia” que se pueda propagar desde estas poblaciones a los nativos. Si desde el Ayuntamiento de Níjar se dice que «si el invernadero se sigue utilizando para refugio de inmigrantes

se podría producir un riesgo para la salud pública que el consistorio nijareño tenía que evitar de todas las formas posibles» (*La Voz de Almería*, 23 de abril de 2006), el comité de salud del Concejo de Vancouver «describía el área del barrio chino como algo que propagaba la enfermedad, y por ello, se crea un equipo de inspección para ver qué ocurre en el área, a pesar de que no había ninguna evidencia real de que este barrio representara un ataque a la salud pública» (Anderson, 1987: 589). En los dos casos los resultados son los mismos: la destrucción de los lugares de habitación y la creación de una mayor segregación espacial. La ideología acerca del carácter antihigiénico de las poblaciones sirve para separarlas ideológicamente y ello tiene consecuencias casi mecánicas sobre la separación o segregación espacial que aumenta y así se evita el contagio.

Después de este análisis se comprende perfectamente lo que dice Anderson y que citamos al principio de este planteamiento: La ideología “racial” se engasta en el espacio, y, a través de ello, adquiere un referente local. De todas maneras, alguien puede pensar que lo que se ha llevado a cabo aquí es un intento de establecer una comparación entre fenómenos alejados en el tiempo y el espacio, forzándolas para que encajen en lo que se quiere probar.

Sin embargo, hay datos muy abundantes sobre la conceptualización de las poblaciones africanas en la época colonial que van a ayudar a comprender lo que se quiere decir. Se da una literatura creciente que analiza este problema y, por ello, no vamos a tomar más que algunos textos concretos. Se trata de Ch. Nightingale (2006), G. R. Murunga (2005), S. Frenkel y J. Western (1988) y P. Curtin (1985). En un artículo muy matizado y complejo Nightingale (2006: 686) afirma que, a principios del siglo XX, «los que defendían la segregación espacial de las razas juntan una serie de argumentos comunes que se derivan de tres ideas: el conflicto inherente entre las razas, la reforma de la ciudad y los valores de la propiedad urbana.» En la segregación espacial de los diversos grupos, especialmente los negros y los blancos, lo que sirve de cemento a este conjunto de ideas absolutamente dispares, y alguien podía decir que disparatadas, es la idea de que la segregación de los diversos grupos es necesaria para evitar la transmisión de enfermedades desde los grupos más pobres a los más afluentes. Esta especie de “bricolaje” intelectual tiene un carácter transnacional que está presente en la organización colonial de los ingleses en la India, en Sudáfrica y otras partes de África y en los Estados Unidos y Europa. Se trata de un problema muy amplio que no podemos ni siquiera insinuar. Vamos a fijarnos únicamente en la relación entre segregación espacial e higiene, y vamos a fijarnos únicamente en algunos casos africanos, con el sobreentendido de que se trata de una ideología que tiene vigencia en los países colonizados y en los países colonizadores. Murunga (2005) parte

de la idea de que en Kenia se presenta como algo obvio, entre los administradores coloniales, la idea de que hay algunas razas, grupos étnicos e incluso clases sociales cuyos hábitos, costumbres y modos de actuar los predisponen a condiciones de vida insalubres y faltas de higiene. Se definía la limpieza como la característica fundamental del ser inglés y esto se oponía a la imagen de enfermedad y patología que está asociada con el grupo africano. Los africanos se piensan como sucios, depravados y feos. Analizando los discursos sobre la creación de una ciudad como Nairobi, Murunga descubre que las autoridades coloniales están preocupadas por las condiciones sanitarias. En el comité ciudadano se produce una lucha entre los Indios y Europeos por el control de la ciudad. Cuando en este comité se planteaban problemas de tipo sanitario, se obviaban las explicaciones realmente sanitarias y, por influjo europeo, se planteaba una retórica acerca del inherente carácter enfermizo y antihigiénico de las razas. En el caso de Nairobi, como en Ciudad del Cabo o en Dakar en Senegal, se desarrolla este discurso acerca de la enfermedad como algo que tiene que ver con las razas inferiores. Esto se comprende en la aparición de la peste. Esta enfermedad aparece en 1902 en el bazar indio de Nairobi. La potencia colonial, en vez de haber hecho caso a las quejas de la población india, que desde mucho antes habían solicitado una mejora de la limpieza y de las condiciones sanitarias, se basa en relatos médicos que van a insistir en que los indios y los africanos tenían hábitos totalmente sucios. La solución al problema de la peste consiste en destruir el bazar quemándolo, acordonando el espacio con el ejército. Lo que se lleva a cabo como solución es la separación de unos grupos y otros, de los indios y negros por una parte y de los blancos por otra. Lo que se crea es la idea de un grupo de gente enferma (los indios y negros) que ocupan un espacio enfermo a su vez. En 1907 se publica el informe Williams. Su nombre viene de Mr. George Bransbury Williams que es enviado por la Oficina colonial para informar sobre “la condición sanitaria de la ciudad de Nairobi.” En él se dice que «hay ciertos distritos de Nairobi que no están en una situación sanitaria aceptable. Esto se debe no solo a las condiciones externas sino a los hábitos de los habitantes. Estoy convencido que las ideas de los asiáticos que habitan en el protectorado acerca de la limpieza están tan alejados de las que defiende la gente civilizada que, aunque el sistema de drenaje sea perfecto, ellos harán sus cosas insalubres a no ser que estén bajo supervisión continua» (cit. en Murunga, 2005: 108). A esto se une sin problemas para Williams que «en el futuro la tierra ocupada por el bazar va a ser necesaria para el barrio de negocios europeo cuando la ciudad crezca, pero mientras el bazar esté donde está ejercerá un influjo de depreciación sobre la tierra adyacente.» En base a este informe se empieza a imponer la idea de quitar el bazar del centro de la ciudad y construirlo en la parte africana. Con ello se está estableciendo claramente la idea

de la segregación racial en Nairobi. Podíamos ampliar muchos de los casos pero podemos decir con Philip Curtin (1985: 613):

En la planificación de la ciudad occidental, la segregación sanitaria era un elemento entre muchos. Su nacimiento e importancia son contemporáneos con el paso de la legislación sobre zonas para las ciudades Norteamericanas y europeas, algunos de cuyos aspectos se justificaban por fines sanitarios. Las áreas residenciales debían estar separadas de los olores industriales de la misma manera que los barrios (ingleses) en la India tenían que estar separados de los olores de la ciudad nativa. Pero hay otros fines sociales y económicos. Desde el fin de los 1890, la subdivisión suburbana en las ciudades americanas eran justificadas con pactos que imponían restricciones que iban desde reglas para la construcción residencial hasta aquellas que organizaban a los residentes mismos (no negros o judíos permitidos).

En el espectro amplio de la historia urbana de África, el deseo de la segregación sanitaria jugaba un papel importante en la formación de los sistemas residenciales, pero la motivación de la segregación racial y cultural no era más importante que los precedentes del sistema de acantonamiento en la India, el “funduq” de África del Norte, el poblado minero de Sudáfrica y la “reserva nativa”... De todas maneras, los paralelos aquí expuestos indican que la relación entre segregación espacial y condiciones insalubres o antihigiénicas ha sido un constante en la historia. Es importante subrayar que el proceso metonímico de conversión de los grupos étnicos en algo insalubre en sí mismos es un fenómeno que se daba en Nairobi y en estos momentos en San Isidro.

Referencias bibliográficas

- ANDERSON, K. (1987), «The Idea of Chinatown: The Power of Place and Institutional Practice in the Making of a Racial Category», *Annals of the Association of American Geographers*, 77, 4, pp. 580-598.
- CHECA, J.E. y A. ARJONA (2002), «Exclusión residencial de los inmigrantes marroquíes en Andalucía» en F. García y C. Muriel, *La inmigración en España*, Granada: Laboratorio de Estudios Interculturales.
- CURTIN, P. (1985), «Medical Knowledge and Urban Planning in Tropical Africa», *The American Historical Review* 90, 3, pp. 595-613.
- DU BOIS, W. E. B. (1990), *The Souls of Black Folk*, New York: Vintage.
- FRENKEL, S. y J. WESTERN, (1988), «Pretext or Prophylaxis? Racial Segregation and Malarial Mosquitoes in a British Tropical Colony: Sierra Leone», *Annals of the Association of American Geographers* 78, 2, pp. 211-228.
- MARTÍNEZ VEIGA, U. (1995), *Pobreza, segregación y exclusión espacial. La vivienda de los inmigrantes extranjeros en España*, Barcelona: Icaria.
- ____ (2004), *El Ejido. Discriminación, exclusión social y racismo*, Madrid: La Catarata.
- MASSEY, D. y N. Denton (1993), *American Apartheid: Segregation and the making of the Underclass*, Cambridge: Harvard University.
- MURUNGA, G. R. (2005), «Inherently Unhygienic Races. Plague and the Origins of Settler Dominance in Nairobi, 1899-1907» en S. Salm y T. Falola (eds), *African Urban Spaces in Historical Perspective*, University of Rochester, pp. 60-85.
- MYRDAL, G. (1944), *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy*, New York: Random House.
- NIGHTINGALE, Ch. (2006), «The Transnational Contexts of Early Twentieth Century American Urban Segregation», *Journal of Social History* 39, 3, pp. 667-702.
- TAEUBER, K. y A. TAEUBER (1965), *Negroes in Cities: Residential Segregation and Neighborhood Change*, West Hannover: Atheneum.
- WILSON, W.J. (1987), *The Truly Disadvantaged*, University of Chicago.